





ELVO Editorial · Narrativa
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: mayo, 2025.

© Isamar Cabeza García.

© ELVO Editorial.

© de la fotografía de portada, contraportada y solapa: Isamar Cabeza García.

© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscutat.

Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 559-2025

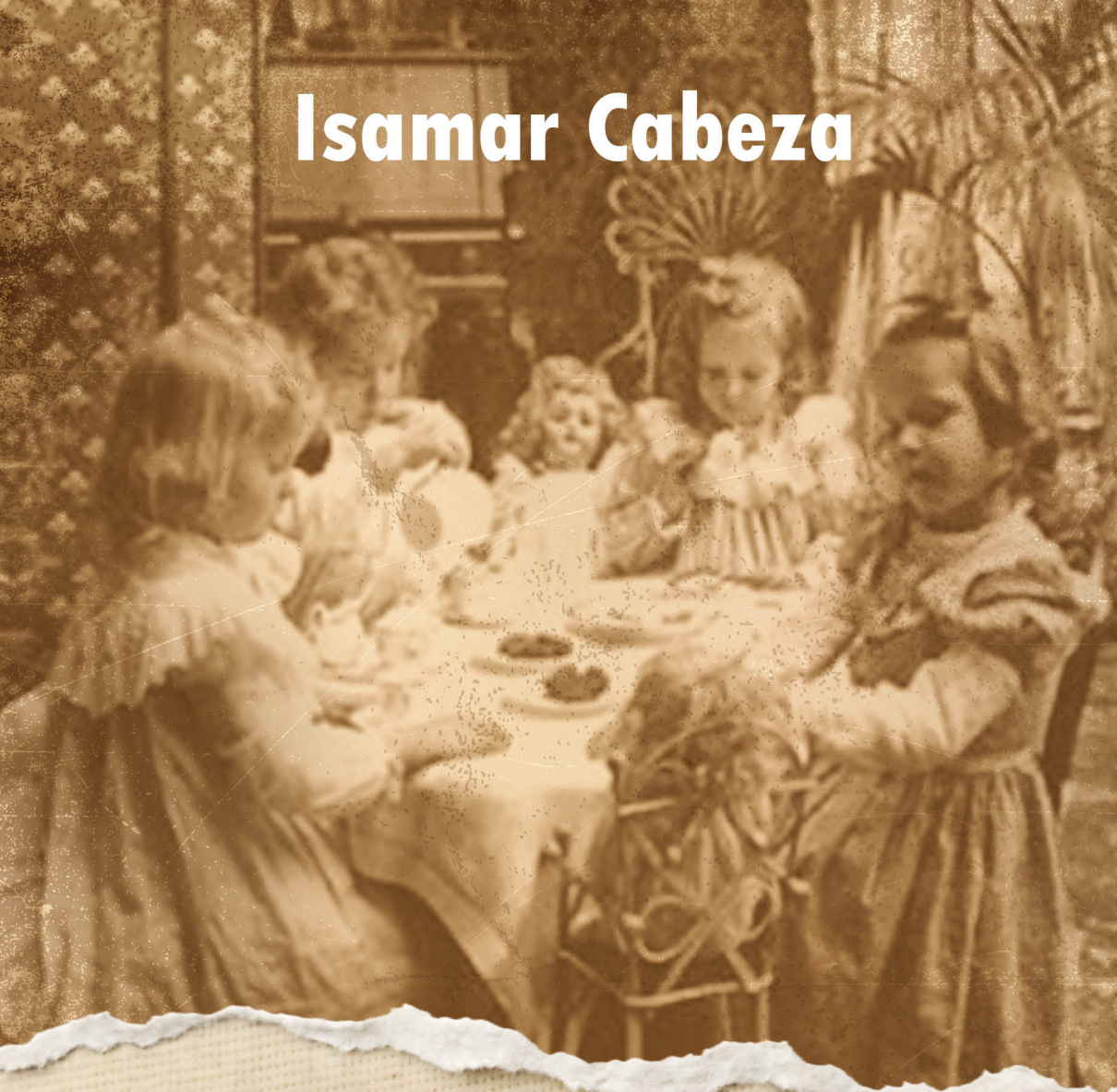
ISBN: 978-84-129443-8-9



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, dirijase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.


Isamar Cabeza



LAS HIJAS DE
ADÁN

Dedicatoria

A MODO DE PRÓLOGO

 QUIEN NO HAYA leído antes nada de Isamar Cabeza le digo, sin destripar la historia, que va a encontrar muchos personajes femeninos. Esto es así. Es característico en ella, en su obra. Tal vez sea una manera de compensar, algo así como tomarse la justicia por su mano, o dejar que de modo natural, en estos casos, actúe la justicia poética. ¿El karma? Después de tantos cientos (miles más bien) de años en que todo protagonismo, o casi todo, fue varonil, alguien introduce un discurso diferente. Tiene por esto, y por más cosas que descubrirá, algo de novela alternativa esta que va usted a leer.

No lo digo para advertir a nadie, para preparar al lector, ni para avisar. No hace falta preparación alguna cuando se va a leer algo de Isamar: es agradable y siempre sienta bien. Curiosamente, incluso cuando la autora es crítica, siempre es agradable, la lectura es amena y jamás resulta hiriente. Es incapaz de molestar a nadie esta creadora. Está hecha únicamente de buen material, mezclado con buenas intenciones y por buenas manos. Ya lo comprobará el lector. La dulzura, la ternura, siempre están presentes. Alguien me dijo alguna vez que nada había tan revolucionario como la ternura. Tal vez se trate de eso, de hacer la revolución. Hay que contar lo que no se suele contar, visibilizar a las, normalmente, invisibles. Ya imaginan por dónde voy.

En *A room of one's own* nos decía Virginia Woolf que para poder escribir literatura una mujer necesita una habitación propia.

También se hablaba en ese libro, resumen de unas conferencias que Woolf dio en la Universidad de Cambridge en octubre de 1928, de la necesidad femenina de la independencia económica. Quien es independiente económicamente puede decidir independientemente. De eso también nos va a hablar esta hermosa historia. En el mismo libro, *Una habitación propia* (en castellano), Wolf inventó a Judith Shakespeare, una genial hermana imaginaria del universal escritor, para explicar que, si Judith hubiera existido y hubiera tenido los mismos dones artísticos que su hermano, jamás habría podido desarrollarlos, ya que la sociedad tiene todas las puertas cerradas a las mujeres.

Las mujeres, sí. Ellas son las hijas de Adán, y por eso viven en un mundo que se ha construido en honor a ese patriarcado inicial, a la imagen y semejanza de Dios. Y Eva como si nunca hubiera existido, eso por desobedecer. Así, se nos hablará en la novela de puertas cerradas para las mujeres, de límites que deberán atravesar mediante su propio ingenio. No hay otro modo.

Situémonos. Estamos en Cádiz, a principios de siglo XIX. Los franceses están por aquí. Napoleón había cruzado España para invadir Portugal, pero, en lugar de ello, se había instalado en nuestro país, finalmente. Luchábamos por independizarnos. La Constitución de 1812 está al caer... España está siendo regida por el hermano de Napoleón, José Bonaparte, al que popularmente se conocía como Pepe Botella. Decía una gracia popular de la época: «—Pepe Botella, ¡sube al despacho! —No puedo ahora, ¡que estoy borracho!». Así nos reíamos de esa marioneta política.

El 2 de mayo de 1808 tuvo lugar uno de los muchos levantamientos nacionalistas que confluyeron finalmente en una guerra por la independencia contra el régimen napoleónico. Las fuerzas imperiales serían triunfalmente expulsadas del país en 1814. Todo esto sirve de contexto a Isamar Cabeza para su novela. Hará continua referencia a esta situación socio-política en la primera mitad de su desarrollo. De hecho, alguno de sus personajes tomará partido políticamente, como se verá. Ya tenemos así el momento de la Historia en que se desarrolla esta narración.

Principalmente, tendremos de fondo el momento mágico de la resistencia, de las Cortes de Cádiz que, en medio de la confusión de la guerra, declaran su Constitución liberal, «La Pepa», la del día de San José, representando al país entero. (Por supuesto, cuando vuelva Fernando VII, en 1814, disolverá las Cortes Generales proclamándose monarca absoluto, pero eso ya no nos importa aquí. Solamente nos interesa el momento mágico. La utopía hecha realidad).

Quien conozca la anterior novela de Isamar Cabeza, «La Isla Violeta», tan actual, que habla de féminas tan de ahora, quedará asombrado al leer *Las hijas de Adán*. Personalmente tengo en mente desde hace años un par de proyectos de novela histórica (uno también escribe, gracias a ello conozco a Isamar), pero lo veo muy complicado. Me fallan las fuerzas. Me derribo en el intento continuamente. Los ojos de las esfinges de la Historia me destruyen una y otra vez, cuando me ven intentar cruzar ante ellas con miedos, sin seguridad alguna, temblando... Isamar, sin embargo, abraza este nuevo registro con maestría, sin dudar, y se desenvuelve con facilidad en él, como pez en el agua. Es una escritora con recursos, está claro. Es más: tiene una misión y la cumple sin titubear. Nos habla de historia, o sitúa su historia en medio de la Historia de España porque quiere hablarnos de algunas de sus compañeras, las mujeres de otras épocas y explicarnos cómo eran sus vidas, las limitaciones con que estas rozaban, hiriéndose. La misión de Isamar, su objetivo, queda claro también gracias a las citas significativas de mujeres intelectuales con que ha adornado cada capítulo de esta obra, extensa, pero sin duda amena.


Creo que no debo decir nada más. Que cada cual lo descubra por sí mismo. Deseo a *Las hijas de Adán*, esta preciosa novela de mi colega Isamar Cabeza, la mejor de las suertes.

Óscar Millán Vivancos

PREFACIO

*Porque hay una historia que no está
en la Historia y que sólo se puede rescatar
escuchando el susurro de las mujeres.*

Rosa Montero
Periodista y escritora española, 1951.

ace en mí, desde mi más tierna infancia, el deseo de recorrer el camino polvoriento y vulnerable que las generaciones anteriores construyeron y que se dio a conocer, caprichosamente, como nuestra historia.

Se jacta el hombre, creyéndose poderoso y omnipotente, de ocultar, cambiar y alterar datos y hechos que con el paso del tiempo llegan vulnerados, si acaso llegan, a las generaciones más jóvenes.

Personas olvidadas, figuras desterradas de la memoria, ajusticiadas por exigir sus derechos, por reivindicar mejoras sociales, por querer simplemente ser tratadas igual a su semejante varón. A ellas, a esas mujeres pioneras en su lucha, aquellas que despertaron conciencia o al menos sembraron un ápice de espíritu de lucha en sus congéneres, a ellas son a quienes va dirigida mi obra.

Va por todas ellas, para que su paso por esta vida efímera no caiga en el olvido y sean arrancadas del anonimato más atroz al que a muchas de ellas han sido relegadas. Porque la finalidad de nuestra historia es recordarlas para no cometer los mismos errores y seguir así progresando cada vez más, en pos de un mundo mejor para toda la humanidad.

De todas las batallas, de todas las luchas establecidas en cualquier época, desde ese punto en el que el ser humano empezó a con-

siderarse dueño de la naturaleza, de la fauna y de la flora con la que cohabita, desde ese mismo momento en que el sentido de posesión germina en su interior y nace la ambición, el deseo de tener más que el prójimo y demostrar que es superior por razones étnicas, religiosas o de cualquier otra índole, nunca hubo ni habrá una batalla más larga que la librada por el género femenino.


La mujer lucha por no ser considerada parte complementaria al género masculino. Las reivindicaciones por ser considerada como ente independiente con capacidad racional y dueña legítima de su vida, merecedora de los mismos derechos otorgados al varón, giran y giran presas en un círculo cerrado que impide el avance de la mujer en la sociedad a lo largo de toda nuestra historia.

La figura y la presencia de la mujer en la sociedad del siglo XIX tampoco distan tanto de las de la mujer del siglo XXI. Por cada paso que avanzamos, retrocedemos más de uno... Es como si nuestro sino fuera remar contracorriente contra unas aguas estancadas que a veces nos dan una tregua y otras nos hacen perder el timón en un movimiento retrógrado que nos hace de nuevo volver a la posición inicial.

La búsqueda del fin de esta lucha sin descanso, así como aportar mi granito de arena para que mi palabra escrita sea medio o vehículo para despertar conciencia (tanto más si cabe en la mujer que en el hombre) es la ardua tarea que yo misma me impongo... por indignación, por incomprensión, por sororidad.

Isamar Cabeza

AGRADECIMIENTOS

 mis hijos, Yeraida y Eneas Samuel, porque han estado a mi lado en los momentos más bajos, esos en los que ya sólo se puede subir, porque se ha tocado fondo y solo queda remontar o quedar anulado completamente; por sus ánimos y apoyo incondicional; por creer siempre en mí.

A mi familia, a mis amigas, y más que amigas hermanas; a Rosa, por ser la primera que leyó mis líneas dedicándole su preciado tiempo con ilusión y verdaderas ganas, y a Pepa Rodríguez Romero, por sembrar en mí la idea de esta novela cediéndome parte de su propia historia.

Mil gracias a todos por estar a mi lado.

En la imparable carrera de la vida, solo es tiempo perdido aquel en el que no se hace lo que uno desea... Afortunadamente, no es mi caso.



CAPÍTULO 1

*Yo no deseo que las mujeres tengan poder
sobre los hombres, sino sobre ellas mismas.*

Mary Wollstonecraft
Escritora y filósofa inglesa, 1759-1797.



penas era medianoche pasada cuando el templo se convirtió en un lugar lleno de regocijo por la llegada, como cada año, de la natividad del Mesías.

Doña Pepa, sentada en el primer banco junto a sus padres y a don Claudio, observaba con atención los movimientos del párroco que recibía oficialmente la Navidad con una alegría sospechosa, seguramente efecto de los tragos del vino del sacramento.

Tras la opulencia de costosas prendas, deslumbrantes joyas y la actitud soberbia y prepotente concentradas en los dos primeros bancos, se hallaba el resto. La gran mayoría hacía que el templo estuviera lleno a rebosar. Seres vulgares, tristes e insignificantes que compartían los mismos sentimientos y la misma fe con aquellos pocos privilegiados. No eran tan solo sus ropas ni sus riquezas o escaseces los que los diferenciaban a unos de otros. Una frontera invisible e infranqueable los separaba como clases sociales, casi como especie, si tan solo mencionar esa opción no fuese ya una auténtica aberración.

Doña Pepa se levantó al mismo tiempo que el resto de feligreses y se santiguó, mientras observaba de soslayo a un parroquiano que parecía estar al margen de la celebración cobijado por la penumbra de un rincón entre la imagen de san Antonio y un retablo de san Judas Tadeo. Sin prestarle demasiada importancia, le retiró la mirada

y comenzó a caminar formando parte de la opulenta comitiva de excéntricas y encorsetadas señoras oprimidas por tan agobiante prenda, que también era utilizada en secreto por algún que otro coqueto señor en un intento de ocultar su prominente panza.

Caminaban todos de manera altiva hacia la salida de aquel lugar sagrado, mientras el resto, gente humilde y devota, presenciaba estupefacto el desfile. Algunos quedaban eclipsados ante tanto lujo y exuberancia, pero otros maldecían tanto derroche y falta de misericordia para los de su clase. Ellos tan solo eran sus sirvientes, sus chachas o sus cocheros, en definitiva, la mano de obra que les hacía posibles sus perfectas y maravillosas vidas.

La amplia plaza, antesala de la hermosa basílica neoclásica, servía de aparcamiento para una decena de carruajes despampanantes tirados por hermosos caballos ataviados para la ocasión, algunos formando pareja y otros en grupos de cuatro. La multitud se desperdigaba en todas direcciones desde aquel céntrico punto de la ciudad sorteando los excrementos para evitar llevárselos pegados en las suelas de sus desgastados zapatos.

Doña Pepa subió a su coche ayudada por el cochero. Tras ella, sus padres y, por último, don Claudio, el administrador, que gozaba del derecho de subir al carruaje en ocasiones especiales como aquella.

El señor administrador era un tipo zalamero y voluble, capaz de conquistar con sus buenas palabras al más duro de oído. De rubia y ondulada cabellera, no carecía de buen cuerpo ni tampoco de encanto en su cara, pues tenía unos preciosos ojos azules y una sonrisa embaucadora que a nadie dejaba indiferente. Rondaba los veinte y pocos años y le sobraba labia para conquistar a cuanta muchacha se le antojara. Oportunidades no le faltaron, pero no se comprometió formalmente con ninguna pese a que dio su palabra de matrimonio en más de una ocasión con la única intención de conseguir ser el primero en gozarlas. Su egoísmo y frialdad le habían llevado muchas veces a enfrentarse con algún padre o hermano ofendido con los que se enzarzó a puñetazos y de los que guardaba alguna que otra cicatriz que le recordaría para siempre el nombre de la agraviada.

El señor Claudio era el quinto de nueve hermanos. A su padre, pescador de profesión, poco o nada le importaba de qué se alimentara su familia, pues no era capaz de despegar los labios de la botella y solo abandonaba la tasca para volver a su casa cuando se quedaba sin un cuarto en el bolsillo. Desde pequeños, Claudio y sus hermanos tuvieron que aprender a sobrevivir como fieras en un mundo donde solo le vieron la cara al hambre y a la miseria. Un mundo en el cual un humilde trozo de pan se convertía en un poderoso motivo de enfrentamiento y la palabra «enemigo» desplazaba a la de «hermano» sin ninguna misericordia. Su madre, una pobre mujer enferma y agotada de tantos partos y embarazos, se dejaba la piel de los nudillos y la salud en el lebrillo que había junto a las cuerdas de un enorme caserón de una familia de dinero. Con aquel trabajo no ganaba más que un par de reales al día, lo justo para comprar una hogaza de pan de a kilo y poco más. Algunos días, cuando la señora estaba de buenas, la madre de Claudio regresaba a casa con un hueso de espinazo, un par de patatas o varios huevos que la señora le permitía coger de la alacena. Ella se los guardaba en el bolsillo del delantal y corría a casa como si llevara encima el tesoro del Carambolo. Con aquellos míseros ingredientes preparaba una inconsistente sopa que al menos calentaba el estómago y espantaba las malas hambrunas durante un rato, lo suficiente para coger el sueño.

A su madre siempre le pareció el más avisado de entre todos sus hijos. Sabía de más que sería el único que saldría de aquel círculo vicioso en el que sus vidas se habían estancado, sin expectativas, ni esperanzas de progresar.

Y, tal como su madre presagiara, con apenas ocho años, empezó el niño a hacerle recados a don Gervasio, un profesor jubilado amante de las letras y devoto de los números. En su absoluta soledad, encontró el anciano la compañía de aquel chiquillo curioso que se convirtió en su lazarillo y al que empezó a tratar como a un nieto más que como a un avisado aprendiz. Un auténtico regalo que la vida le obsequió para hacer más llevadera su vejez. Fue tan beneficiosa la compañía del niño para don Gervasio como su experiencia y sus conocimientos para el chico.

Con apenas dieciséis años, Claudio empezó a trabajar como administrador y escribiente sin faltarle nunca desde entonces un real en el bolsillo, comida en el plato, vino en la copa y prendas de vestir sin remiendos. No tuvo mucha compasión con sus hermanos, pero sí algo más de reparo con aquella que le dio el ser, a la que visitaba de vez en cuando y le dejaba un par de monedas advirtiéndole de que él no mantenía a holgazanes y que aquel dinero era solo para ella.

Pepa sabía de la fácil oratoria del administrador, había aprendido a conocerlo poco a poco. Destacaba en él un juego desconcertante de educadas fórmulas, reverencias exageradas y una pose de hombre de confianza que contrarrestaba paradójicamente con el hermetismo que el hombre demostraba. Pese a que nunca parecía cometer un error, el administrador no le inspiró confianza desde un principio.

Tres años habían pasado ya desde que doña Pepa se casó, tres años en los que su vida sufrió constantes cambios, algunos fáciles de digerir y otros menos llevaderos.

No se contaba entre los deseos y sueños de aquella niña rubia de ojos verdes, de piel clara, sedosa y voluminosa figura, el de casarse a tan temprana edad y mucho menos con un señor diez años mayor que ella, al que no entendía más de tres palabras seguidas. Bien era cierto que si sus pensamientos e inquietudes no la hubiesen tenido tan abstraída y ajena al mundo real, hubiera podido encontrar en aquel desconocido un pellizquito de gracia y hasta hermosura en su rostro y en su masculino cuerpo. Hubiera quizás descubierto el encanto y atractivo que rodeaba a aquel muchacho que desde el día en que la vio por primera vez bebió los vientos por ella.

Regresó a puerto una mañana el barco de don Augusto Biondi, el acaudalado y llamativo señor a quien los vecinos conocían como *el Italiano* y quien buena fama se había ganado por su intachable conducta y su generoso carácter. Regresar a Cádiz suponía para él volver a la ciudad de la alegría y de la luz, mucho más después de conocerla a ella.

Fue una mañana de enero, al desembarcar de la nao, cuando la vio por primera vez. Ella, abstraída, con la vista perdida en mil y un detalles de todo cuanto acontecía en la zona portuaria, cami-

naba del brazo de su madre mientras sostenía en la otra mano una canasta de mimbre con algunas piezas de verduras y unas matas de perejil fresco.

El corazón le dio un vuelco al verla pasar frente a él. Inmóvil, la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. El aire quedó impregnado de su perfume, de un exquisito olor a flores recién cortadas que él inhaló cerrando los ojos, queriéndolo guardar con una profunda inspiración. No tardó mucho en averiguar dónde vivía, quiénes eran sus padres y si tenía ya compromiso para casarse o aún nadie había llamado a su puerta con tales intenciones. El rico comerciante, arrebatado por sus sentimientos, convencido de que era la mujer con la que quería formar su propia familia, se decidió, tres días después de aquel encuentro, a plantarse frente a la casa de los García.

Con un inusual nerviosismo en la boca del estómago, golpeó sus nudillos varias veces sobre la puerta de la casa. Algo más de un minuto estuvo allí plantado sin que nadie se decidiera a abrirle. Impaciente por la tardanza, Augusto se alejó de la puerta retrocediendo varios pasos. Dudó entonces de la hora elegida para hacer la visita y, preocupado, miró el reloj que llevaba colgado del chaleco. Indeciso y ansioso, Augusto observó por unos minutos la fachada a la espera de observar algún movimiento en su interior. Por fin, en una de las ventanas del piso superior, pudo ver cómo una de las cortinas se descorrió levemente. De nuevo, volvió a llamar, seguro ya de que le abrirían por fin.

—Hay un señor en la puerta llamando, mamá —dijo Pura.

—¿Quién es? ¿Lo conocemos?

—No, nunca lo ví —agregó.

—Avisa a tu padre para que salga a abrir, hija.

La chica obedeció y bajó al salón donde su padre leía *El diario del vigía*, como tenía por costumbre después del desayuno. Incordiado, miró a su hija y cerró de golpe el periódico, dejándolo sobre el asiento del sillón del que se acababa de levantar.

—Buongiorno —se presentó Augusto impresionando a Zacarías, aún en bata y zapatillas, por su elegante indumentaria y una sonrisa encantadora.

—Buenos días —respondió carraspeando y colocándose bien la bata en un intento de recomponer su imagen ante tan distinguido señor.

—*Mi chiamo Augusto Biondi... io vorrei hablar con voi, si voi me dai permiso* —se presentó, ofreciendo la mano cordialmente.

Fue su nombre quien habló por él, pues de inmediato reconoció Zacarías al famoso comerciante. Aunque no lo conocía personalmente, había oído hablar tanto de él y de su inmensa fortuna que no dudó ni por un momento en abrirle la puerta de su casa y hacerle pasar para oír lo que tuviera que decirle. Zacarías lo condujo hacia el salón comedor y le ofreció sentarse en un modesto sillón frente a una ventana. Desde ella podía observarse una pequeña plaza donde los chiquillos intentaban hacer volar sus cometas y jugaban con diabolos, cuerdas y trompos, bajo la cansada mirada de las abuelas que tomaban el sol mientras hacían ganchillo.

—¿Le apetece una copa? —ofreció Zacarías.

—La aceptaré con gusto, *dopo che mi ha ascoltato, grazie*.

—Está bien, usted dirá —dijo sentándose frente al mercader totalmente intrigado.

El italiano intentó explicarle el motivo de su visita a aquel señor regordete y con cara de pocos amigos. Le desveló, en un italiano salpicado de palabras castellanas, el impacto que Pepa causó en él cuando la vio y que sería el hombre más feliz del mundo si aceptaba que la visitara con fines matrimoniales.

Sin decir media palabra, Zacarías se levantó del butacón y, dirigiéndose a la ventana, le dio la espalda. Con los dedos cruzados a la altura de los riñones, el hombre movía sin parar los pulgares como si verdaderamente estuvieran echando un pulso. Movimiento inconsciente y nervioso que delataba el estado de inquietud y sorpresa que en ese momento sentía. En su cabeza, una trama perfecta comenzaba a fraguarse. El italiano había llegado caído del cielo, la respuesta a sus plegarias para salir de una vez por todas de aquella etapa de precariedad y miseria en la que estaban metidos después de aquel mal negocio que la ambición y las ínfulas de grandeza le llevaron a realizar.

—Pretende usted llevarse a la menor de mis hijas, a la más bella y virtuosa —dijo mirándolo detenidamente—. Debe usted sobrepasarle en diez años al menos si no me equivoco... Aún así, y teniendo en cuenta lo entregado que se le ve, voy a hablar con ella sobre su petición. Ella decidirá si quiere que la corteje o no.

El brillo en la mirada del italiano iluminó su cara como si él mismo fuera un farolillo. Tras un fuerte apretón de manos y la opción de regresar al día siguiente, Augusto salió de casa de Zacarías con la ilusión como estandarte, ansioso por conocer la respuesta de Pepa.

Esa noche, Augusto sabía que le sería muy difícil conciliar el sueño y, tras pasar un rato por la taberna y compartir un par de copas con unos amigos, regresó a casa. La noche se le hizo interminable. Una tras otra, oyó cada campanada del reloj de cuco del salón. Nervioso por demás, el sueño no le sorprendió hasta llegada las seis de la mañana, fue entonces cuando cedió y durmió un par de horas. Para las nueve, el italiano ya estaba de nuevo a lomos de su caballo, perfectamente peinado y ataviado con un impecable traje de capitán de marina que le aportaba un aire de seriedad suprema y a la vez lo hacía irresistiblemente atractivo.

Llegó diez minutos antes de lo acordado, con sobrado tiempo para pasar por el mercado y comprarle a Pepa un hermoso ramo de flores. Las rosas rojas combinadas con camelias y gardenias formaban un precioso *bouquet* cargado de esencias exquisitas que llevaba implícito un mensaje de amor sincero, un sentimiento de felicidad plena y un ardiente deseo de estar con ella.

Manuela, la florista, no recordaba haber hecho un ramo tan llamativo ni costoso en lo que llevaba con el negocio abierto y de eso hacía más de diez años.

Tras dejar el caballo amarrado a la argolla de hierro enclavada en la pared, Augusto tocó a la puerta. Una mujer de unos cincuenta años, con el pelo recogido en un moño y un ridículo flequillo ondulado sobre la frente, le abrió de inmediato. Por su edad, Augusto supuso que sería la madre de Pepa, aunque por su aspecto bien podría ser el ama de llaves. Seguramente, era la señora que le acompañaba

aquella bendita mañana, pero le pasó tan inadvertida como el resto de comerciantes y viandantes que formaban parte de la multitud.

—Pase usted, don Augusto —indicó haciéndose a un lado—. Soy la mujer de Zacarías. Pase usted, mi marido le está esperando.

En el salón, de espaldas a la puerta y mirando por la ventana hacia la placita, Zacarías esperaba aparentemente distraído. En su fingida pose, pretendía demostrar una serenidad falsa que chocaba con el nerviosismo trepidante del comerciante.

La actitud de Augusto le era ventajosa, no le sería nada difícil controlar la situación a su antojo. Aquella mañana, Zacarías se había puesto su mejor traje, el que vestía los domingos para ir a misa. Tenía que estar a la altura de los acontecimientos. Un cordial y prolongado apretón de manos precedió los saludos y cortesías entre ambos, antes de que se sentaran el uno frente al otro repitiendo la escena del día anterior. Zacarías, muy en su papel de hombre ilustre y respetable, empezó a narrarle con todo lujo de detalles la conversación que había tenido con su hija y cómo la chica aceptó cordialmente conocerlo, aunque eso no significara que fuese a aceptar su petición.

En verdad, solo tres de cada diez palabras de las que dijo fueron verdaderas, pues, si bien era cierto que habían hablado, no fue la cosa tan sencilla como Zacarías se la había descrito a Augusto.

—Tienes un pretendiente, hija. Mañana vendrá a verte y quiero que seas muy cordial con él.

—¿Un pretendiente? ¿Y quién es, papá? —preguntó sorprendida.

—Eso no debe importarte, es un señor muy influyente y muy rico, eso es lo único que debes saber.

—Me parece que no es motivo suficiente como para tener que...

—¡Tú harás lo que yo diga, que para eso soy tu padre!

—¡Pues será usted mi padre, pero es mi futuro de lo que estamos hablando!

Una tremenda bofetada cruzó la cara de Pepa sin que ella pudiera evitarlo.

—¡No te permito que me faltes al respeto, niña malcriada! ¡Contenta deberías de estar por haber conseguido que un señor de ese nivel se haya fijado en ti! —le recriminó duramente—. ¡Muchas qui-

sieran estar en tu lugar! Así que no reniegues y obedece, tú no tienes voz en este entierro. ¿Me has entendido?

Pepa, ofendida y rabiosa, le clavó la mirada empañada en lágrimas mientras se llevaba la mano a la mejilla que, enrojecida, le ardía de dolor.

—¡Soy tu padre y harás lo que yo te diga! Mañana vendrá para que lo conozcas. Procura lucir un vestido bonito, y arréglate como si fuera domingo. ¿Me escuchaste? No tengo nada más que decirte, vuelve a tus quehaceres.

Pepa sintió que las palabras se le ahogaban en sus propias lágrimas, tenía un nudo en la garganta que le impedía respirar. Subió los peldaños de la escalera de dos en dos, entró en su cuarto y se tiró sobre la cama llorando a mares.

No quería ver a nadie. Pensó en no salir nunca más de allí, o mejor, escapar durante la noche. Todo en ella era confusión, dolor y rabia.

Su hermana, sentada en una cómoda mecedora, bordaba una toalla junto a la ventana. Sorprendida, dejó la labor sobre el asiento y acudió preocupada a averiguar qué le había pasado.

—¿Qué te pasa, Pepa? ¿Por qué lloras así?

Pepa sintió las manos de Pura sobre sus hombros; ese gesto le reconfortó, pero no podía dejar de llorar y, durante un rato más, siguió llorando.

—Padre quiere casarme con un comerciante que, según él, tiene muchísimo dinero.

—Pero... ¿Y por eso lloras? ¡Deberías sentirte orgullosa de que un señor de esa categoría se fije en ti! ¡Es lo máximo a lo que podemos aspirar! —dijo Pura convencida.

—Pero ¿qué dices, Pura? ¿Tú te estás oyendo? ¡Ni siquiera lo conozco! ¡Me va a casar a la fuerza, sin amor! ¡Además, soy muy joven y no quiero casarme! ¡No quiero y no quiero! —repitió impotente—. Yo quiero aprender de letras, quiero ir a la escuela, quiero viajar... Viajar por todo el mundo. ¡En lugar de eso, nuestro padre pretende casarme con un extraño por dinero! ¿No te das cuenta? ¡Me está vendiendo!

—¡Calla, loca, no digas eso! —le dijo bajando la voz—. No digas tonterías, papá lo hace por tu bien.

—¡Me parece increíble que te pongas de su parte! —respondió desilusionada.

—No es que esté de su parte, hermana. Es que creo firmemente que casarte con un señor adinerado es la mayor de las suertes que podría tocarte.

Pepa miró a su hermana con los ojos hinchados y rojos de tanto llanto y la encontró extraña, calculadora, fría y demasiado pragmática. Comprendió en ese mismo momento que hablar con ella era perder el tiempo y que quizás más productivo le hubiera sido hablar con la pared.

Su madre no quiso intervenir en aquella situación y dejó que Zacarías tomara las riendas, como solía hacer cuando había que tomar una decisión importante, pese a no estar de acuerdo con su plan.

Tenía que intentar arruinar su imagen frente al extranjero y, desafiante, Pepa se presentó en el salón con un vestido de diario, un delantal todo manchado de grasa y la melena suelta y desgredada como si llevara días sin peinarse. Zacarías la miró con sorpresa y disgusto, y Augusto se maravilló al verla entrar tan despeinada y con ropa de faena.

—Mi querida hija, acércate. Te presento al señor don Augusto Biondi —le indicó conteniendo la rabia y empujándola sutilmente al italiano, que de pura admiración no conseguía moverse del sitio.

Augusto hizo una educada reverencia y besó la mano de la chica con devoción religiosa.

—*É todo un honore per me* —consiguió decirle casi en un susurro y sin soltar su mano.

Visiblemente incómoda, Pepa retiró suavemente la mano y la introdujo en el inmenso bolsillo del sucio delantal.

La chica aceptó por educación el ramo de flores que el italiano le ofreció emocionado, sin saber que al aceptarlo consentía el noviazgo con él. Nadie le dijo que aquel ramo de flores llevaba un compromiso implícito, pero lo entendió rápidamente cuando a su padre se le iluminó la cara.

Zacarías ordenó a su mujer que trajese una botella de espumoso. La última botella de buen vino que tenía guardada de épocas más bollantes. Llenó dos copas de la cristalería de los días de fiesta y dio una a su futuro yerno. El día no podía comenzar mejor.

Zacarías y Augusto brindaron felices mientras ellas quedaban al margen, Pepa sintiéndose terriblemente confundida, Gertrudis muy disgustada y Pura celosa de que la suerte de su hermana no le hubiera tocado a ella.

A partir de ese día, la casa se convirtió en un entrar y salir de costureras que, por encargo de Augusto, se apresuraban en terminar a tiempo el ajuar para el matrimonio y el atuendo completo para la ceremonia. Sin lugar a dudas, era cierto lo que se decía del mercader y de su carácter generoso. Entregó tal dote por ella que Zacarías volvió a sentirse seguro de sí mismo y dichoso por la suerte que le había tocado.

Despreciando sus negocios y todos los compromisos que tenía agendados, Augusto canceló todos los viajes a ultramar hasta no haber convertido a Pepa en su esposa.

Y cada día se repetía la misma rutina en casa de los García. Por la mañana, Gertrudis, sin servicio a su disposición desde que despidió a la cocinera y a una muchacha que le hacía el resto de labores domésticas, tenía que salir a comprar. De la cocina y la compra se encargaba ella y el resto de las tareas quedaban para sus hijas, que se las repartían entre quejas y remilgos.

Para cuando llegaba don Augusto, la casa estaba impecable. El aroma a café recién hecho y a bizcocho recién horneado inundaban la cocina y la salita que servía de despacho a don Zacarías. Gertrudis intentaba que Pepa participara en la elaboración del dulce, pero eso era pedirle demasiado. Entendía que no estaba a gusto con la situación, así que, en lugar de insistirle, le pedía a Pura que le echara una mano.

En las tardes en que apetecía estar al aire libre, se invitaba al mercader a sentarse en el patio interior, y allí, un canario medio desplumado por los años amenizaba la tarde cuando se le antojaba dando unos alegres trinos dignos del mejor tenor.

A Pepa el noviazgo le estaba resultando tedioso, muy incómodo y aburrido. Necesitaba encontrar el momento de abordar a su prometido para quejarse e intentar convencerlo de que lo mejor era deshacer aquel maldito compromiso. Pero su padre, presente en cada reunión, tomaba el mando de la conversación y poco o nada dejaba participar a los demás. Si en alguna ocasión Zacarías se ausentaba, se quedaba Gertrudis pendiente, de manera que era difícil que se quedaran a solas. La excepción llegó aquella tarde en que se armó un rifirrafe tal en la calle, entre dos vecinos, que acabaron a tiro limpio por culpa de un malentendido. Alarmados y curiosos, Zacarías y Gertrudis abandonaron la reunión para ir a ver qué estaba ocurriendo, dejándolos solos por unos minutos. Pura no solía participar de aquellas reuniones, pero solía fisgonear tras las puertas y las cortinas para enterarse de qué hablaban, y también para mirar a su futuro cuñado, al que encontraba verdaderamente atractivo.

—Por fin nos dejan solos de una vez... —atacó Pepa.

—Pues sí —dijo él sonriendo ampliamente—, *é per me una grande goia...* ¿«alegría», *si dice?*

—Sí —respondió Pepa sonriendo—, se dice «alegría».

—¡Eso! —sonrió soltando una carcajada—. *Io vorrei parlare* más contigo, a solas...

—¡Qué coincidencia, yo también, fíjate!

Poco les duró la dicha porque los curiosos padres de Pepa volvieron emocionados contando el incidente entre los vecinos, acabando así con aquel momento de soledad. Y, de nuevo, ellos quedaron en silencio, uno frente al otro, mirándose, vigilados por el matrimonio en su papel de perros guardianes.

—*Domani hay una fiesta in una plaza cerca de qui*, me gustaría que fuéramos, ¿podría ser, *signore* Zacarías?

—¡Claro que sí! Pasa por nosotros, que con gusto iremos.

Para esa salida, Pepa sí que se arregló, estrenando uno de los vestidos que Augusto le había mandado hacer. Lucía tan hermosa y radiante que su hermana a su lado parecía la sombra que la secundaba.

Su hermana Pura nada tenía que ver con ella, como si fueran hijas de diferentes padres, pues no había rasgos comunes que las

identificasen como hermanas de sangre. Tampoco había razones ideológicas y muy pocos puntos en común en los que las chicas coincidieran. Si Pepa era rubia, blanca de piel y generosa en carnes, Pura era delgada y seca, de oscura cabellera y piel aceitunada. Sus miras no iban más allá de conseguir un buen matrimonio y cargarse de hijos a los que cuidar, a la vez que a su esposo, al que mimaría y cuidaría con esmero y absoluta dedicación. Se pasaba las horas enteras bordando un ajuar que no podía completar, pues le faltaba la inicial del marido con lo que fantaseaba, imaginando qué vocal o consonante acompañaría a su nombre en aquellos juegos de sábanas que algún día compartiría con él.

Aquella tarde de paseo fue una de las más hermosas para Augusto e incluso llegó a ser placentera para Pepa. No contaba con que el italiano decidiera entrar en aquella lujosa joyería para comprar las alianzas. Zacarías gozaba con cada compra, con cada gasto descomunal que el italiano realizaba en ellos, sintiéndose poderoso como nunca antes se había sentido. El momento más dichoso para Augusto fue aquel en el que, tras elegir el modelo, cogió la mano de Pepa para probarle el anillo. Estaba tan sediento de ella, necesitaba tanto de su contacto, de sus palabras, de su olor, que el mero hecho de rozar sus dedos ya suplía los tres meses de noviazgos que habían transcurrido desde aquel día en que le entregó aquel aparatoso ramo de flores.

— Me queda bien —aseguró Pepa mientras sentía cómo un fuerte pavor le subía hasta las mejillas, encendiéndose como cuando discutía con alguien y se disgustaba enormemente. Pero esta vez su rubor respondía al roce de los dedos cálidos y fuertes de su prometido, estremeciéndola como nunca antes había sentido.

En aquella ocasión no retiró la mano como la primera vez y, dejándose arrastrar por aquella placentera sensación, la mantuvo, mirándolo fijamente a los ojos con agrado e incluso algo de picardía. Él, por su parte, no podía ofrecer una mirada más feliz y sincera, reflejo fiel de lo que su alma sentía. Simplemente, la adoraba.

Aquella tarde, toda la familia paseó por las plazas y calles gaditanas, degustando dulces, garrapiñadas y otras exquisiteces que hicieron las delicias de todos ellos.

Pepa consintió caminar del brazo de don Augusto, consintió su cercanía y alguna que otra caricia disimulada que el italiano buscaba en sus manos. Fue un momento mágico, cargado de miradas cada vez más cómplices, de palabras dulces y de gestos de cariño. Sin duda, aquella tarde fue clave para su relación, pues, si bien ni los ojos ni la sonrisa de Augusto habían bastado para conquistar a la chica, sí encontró el italiano las palabras justas que encendieron en ella el deseo de casarse con él. Mientras caminaban, don Augusto le preguntó qué aficiones tenía y a qué aspiraba en la vida, ante lo que ella, gratamente sorprendida, le confesó que quería viajar y conocer otros países, pero que lo que más deseaba era aprender a leer y a escribir. Augusto sonrió y a su gesto de complacencia siguieron solo dos palabras que a Pepa le bastaron para conquistarla:

—¡Así será! —sentenció Augusto, mientras hacía un poco más de presión sobre la mano de la chica, otorgándole confianza, seguridad y apoyo.

Aunque la autoridad paterna había sepultado en un principio la voluntad de Pepa, y no era de su condición dar su brazo a torcer, tenía que reconocer que Augusto le agradaba. Empezó a verlo con otros ojos, su carcajada estridente dejó de ser molesta y hasta le encontró gracia a su manera de hablar. Era tan orgullosa, sin embargo, que no dejaría que sus sentimientos vibraran a flor de piel. No iba a permitir que nadie descubriera sus verdaderos sentimientos, pero a Augusto ya poco podía ocultarle, pues eran sus ojos tan transparentes que se dejaban leer con suma facilidad.

Quien sí fue capaz de soterrar y ocultar sus verdaderos sentimientos fue Pura. Ni idea tenía Pepa que, al aceptar convertirse a sus diecisiete años en esposa del poderoso Augusto Biondi, destinaba a su hermana a la vida en clausura para el resto de sus días. Pues sucedió que apareció aquel italiano, aquel mercader de inigualable figura y bello rostro que enamoró perdidamente a Pura, mientras Pepa se daba el gusto de aparecer toda desarreglada, mostrándose distante y maleducada con él, con el único objetivo de decepcionarlo y que se alejara de su vida para siempre. Para su desgracia, aquel juego de Pepa no dio resultado y quiso la caprichosa fortuna jugar en su con-

ÍNDICE

A modo de prólogo.....	13
Prefacio.....	17
Agradecimientos.....	19
Capítulo 1.....	23
Capítulo 2.....	79
Capítulo 3.....	147
Capítulo 4.....	185
Capítulo 5.....	205
Capítulo 6.....	227
Capítulo 7.....	243
Capítulo 8.....	259
Capítulo 9.....	291
Capítulo 10.....	311
Capítulo 11.....	333
La autora: Isamar Cabeza.....	365

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 7 de mayo de 2025
coincidiendo con el natalicio de la escritora
Almudena Grandes
en cuarto menguante.





